

LILY DEL PILAR

*Still
with
me*

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – Chile

© 2021, Lily Ibarra

© 2021, Editorial Planeta Chilena S.A. – Santiago de Chile, Chile

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Ilustración de portada: Daniela de la Fuente Inostroza @calicocat_art

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

Primera edición impresa en Chile: noviembre de 2021

ISBN: 978-956-408-015-4

Primera edición impresa en México: enero de 2023

ISBN: 978-607-07-9609-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Jong Sungguk tenía siete años cuando su madre se marchó de casa. Mientras mantenía las manos sobre su regazo, ella se colocó en cuclillas frente a él para que sus miradas quedasen a la misma altura. La caricia en su cabello se sintió como una brisa ligera de primavera. Su hermana, Suni, estaba sentada a su lado con expresión enojada, no miraba a Yejin a pesar de los intentos de ella para captar su atención.

—Regresaré pronto, solo estaré en Busan un tiempo.

Sungguk no entendió que esas palabras fueron realmente una mentira hasta que el «regresaré pronto» se transformó en meses y después en años. Yejin nunca regresó a vivir con ellos. Las ocasiones en que la vio tras su partida se podían contar con los dedos de una mano. Asistió a su octavo y noveno cumpleaños, al décimo Sungguk se quedó esperándola en la casa de su abuela, hasta que la vela de su pastel se consumió por completo.

Una década después de ese mal recuerdo, Sungguk volvía a encontrarse sentado en la cabecera de la misma mesa donde esperó a su madre por horas. Nuevamente esperaba a alguien. Y a pesar de que ahora era un joven de veintiún años, continuaba sin procesar por completo la situación. La esperanza de que Moon Daehyun apareciese por la puerta sonriendo, tímido y avergonzado, persistía en él. Se sintió, otra vez, como el Jong Sungguk de diez años que observaba cómo la vela en su pastel se derretía sobre la crema: pequeño e insignificante, el monstruo de inseguridades se aferraba a su espalda a la espera de devorarlo.

Tragó saliva, Suni estaba ubicada tras él con las manos sobre sus hombros brindándole consuelo. Sungguk no podía quitarse del pecho ese presentimiento de que, la próxima vez que viese a Daehyun, este se presentaría al igual que su madre: embarazado.

Todavía se recordaba con el uniforme del colegio sucio por escalar un árbol, mientras observaba el estómago hinchado de Yejin.

A nueve años de aquello, Sungguk acarició su atuendo de policía. Sacudió la cabeza para dejar ese recuerdo donde le correspondía estar: en el pasado. No, él no iba a pasar por eso otra vez. Desesperado por estar sentado mientras Moon Daehyun continuaba desaparecido, pidió con impaciencia:

—¿Podemos salir a buscar a Dae?

—Salir a buscarlo sin saber dónde podría estar... —respondió Kim Seojun con calma— será como buscar una aguja en un pajar.

—Pero al menos estaríamos haciendo algo.

—Solo gastar energía inútilmente —insistió Seojun, quien continuaba observando el celular de Daehyun con detención. Buscaba algo que pudiera orientarlos en su búsqueda.

—Podríamos ir a la casa de su abuela —rebatía Sungguk.

—Eunjin ya fue y dijo que no hay nadie.

—Tal vez no revisó bien.

La voz molesta de su amigo y compañero de rondas, Lee Minki, se coló en la conversación. Paseaba por la sala de estar como un animal enjaulado. Hablaba por teléfono con su novio.

—¿Cómo que no sabes si Daehyun está en Urgencias? ¿No trabajas acaso como enfermero en el hospital? —se detuvo a un costado del sofá—. A ver, tampoco es algo tan difícil de averiguar. Simplemente vas y preguntas si Dae está ahí o no. Ya, ya, sé que estás en la ronda nocturna, pero... mira, Yoon Jaebyu, yo nunca te pido nada y soy un novio comprensivo y cariñoso que siempre está para ti y... sí, sí voy a utilizar esta carta porque... *ok, ok*, llámame apenas sepas algo.

Y luego bajó la voz y le dio la espalda a Sungguk. De igual forma, lo escuchó.

—Y revisa la morgue del hospital, por favor. Te quiero, adiós. Colgó y se acercó a Sungguk.

Suni y Minki debieron compartir una mirada, porque su amigo forzó una sonrisa que le daba la apariencia de un loco.

—Jaebyu se encontró con Namsoo, van a preguntar si ingresó alguien al hospital con las características físicas de Dae.

Por suerte, no mencionó la morgue.

—Eunjin también lo está buscando —intentó tranquilizarlo su hermana—. Y también le pedí ayuda a mis compañeros del laboratorio clínico, se están turnando para recorrer las plantas bajas del hospital.

Sungguk le tocó la mano a Suni en agradecimiento, de pronto sintió que toda la situación se asemejaba demasiado a la partida de su madre. Su hermana debió pensar algo similar, porque habló con nerviosismo:

—No es lo mismo, Sungguk.

Al ver su expresión, Minki tomó asiento en la silla contigua y se estiró hacia Sungguk como si quisiese tocarle. Se arrepintió a último instante.

—Quita esa cara de cachorro bajo la lluvia —pidió Minki con tono brusco—. Vamos a encontrarlo, te lo prometo. ¿Cuándo yo no he cumplido una promesa?

—Muchas veces —aclaró Sungguk.

—No mientas.

—Una vez dijiste que ibas a comprarme el almuerzo por una semana y solo lo hiciste por seis días.

Su amigo jadeó indignado.

—¿Cuándo pasó eso?!

—Cuando te equivocaste y me enviaste ese mensaje que decía...

—¡Ya, ya, lo recuerdo, lo recuerdo! —lo cortó apresuradamente. Tenía la punta de las orejas rojas—. *Ok*, te debo todavía un almuerzo. Pero solo eso.

—También prometiste que harías el papeleo de ambos durante una semana si yo mentía y le decía a Eunjin que habías llegado al turno, cuando la verdad es que te escapaste con Jaebyu.

—¡Sungguk! —protestó. Después agregó en voz baja—: Yo sí cumplí con eso.

—Hiciste una semana, pero prometiste que serían dos si mentía a Jaebyu y decía que no te habías escapado del trabajo para irte con él.

—Jaebyu nunca te preguntó nada.

—Pero podría haberle contado y no lo hice, porque soy buen amigo. Podría decirle todavía, te recuerdo que el sofá de tu departamento es muy incómodo.

—Maldito —refunfuñó Minki con la mirada empequeñecida—. Esta semana haré todo tu papeleo, ¿feliz?

Sungguk se encogió de hombros.

El buen humor de la conversación se esfumó con la misma rapidez con la que apareció. Contempló la mesa gastada por el paso del tiempo. Estiró los dedos y luego los recogió, dudó al hablar.

—¿Y si se fue?

—¿Cómo? —preguntó Minki sin entender—. Jaebyu no se ha ido.

—¿Tienes que sacarlo en todas las conversaciones?

—¿No hablábamos de él?

—Olvidalo —suspiró Sungguk.

—¿Qué? Podré adivinar muchas no-conversaciones que tengo con Jaebyu, pero a ti no te conozco tan íntimamente.

—Decía —Sungguk se rindió—, ¿y si Dae se fue? —se encogió en su asiento sintiéndose patético al percibir la mirada de su amigo—. ¿Y si Dae decidió que estaba harto de mí y se fue?

—¿Qué dices, idiota? Dae nunca haría algo así.

—¿No? —cuestionó con la vista baja—. ¿Pero no es eso lo que siempre hace la gente, irse sin dar explicaciones?

En vez del consuelo que esperaba, recibió un coscorrón por parte de Minki.

—Seojun, aquí tienes un nuevo caso para tratar —avisó Minki girándose hacia Kim Seojun.

—No puedo atenderlo como psicólogo porque soy su cuñado —respondió el aludido. Seojun continuaba sentado en el sofá revisando el celular morado de Dae con mucha atención—. Pero concuerdo con Minki en que tienes serios conflictos emocionales, Sungguk. Asumes que toda la gente va a terminar abandonándote. A Suni le sucedía lo mismo.

Sungguk podría jurar que su hermana ponía los ojos en blanco.

—Yo no era así —debatía ella sin mucha convicción.

Seojun no le respondió, frunció el ceño observando la pantalla del celular.

—¿Algo que nos pueda servir? Porque estoy así de... —dijo Minki mostrando una pequeña separación entre sus dedos— salir a buscarlo con un parlante amarrado al techo de la patrulla. Soy capaz, créanme. Me va a escuchar donde sea que esté y... espera, se fue con el audífono puesto, ¿cierto?

Seojun se puso de pie de golpe y apuntó el teléfono como un loco.

—Daehyun buscó el nombre de su papá en internet.

En ese momento, Sungguk recordó la expresión de Daehyun al observar la fotografía de Moon Minho. Lo recordó hacía unas horas hecho un ovillo en la cama, mientras Sungguk lo abrazaba por la espalda y le besaba el cuello, acariciándole el cabello y susurrándole palabras de consuelo. Recordó el temblor en sus músculos y el llanto contenido en su pecho. Recordó los dedos de Dae arrugando la imagen de su padre junto a su pregunta torpe que pedía unas explicaciones que Sungguk no pudo darle.

«¿Por qué?».

Sus pensamientos se sentían como una piedra en el estómago.

—¿Leyó alguna de las noticias? —quiso saber Minki.

—La primera —respondió Seojun todavía examinando el celular—. Es sobre el accidente donde murió.

Sungguk se tocó el rostro con las palmas.

—Creo que sé dónde puede estar —confesó.

Minki alzó las cejas hacia él.

—¿Dónde?

—Tal vez fue a la tumba de Moon Minho —y explicó de manera rápida que la tarde anterior le había mostrado a Dae una fotografía de su padre. Al terminar de hablar, Seojun se masajeó el puente de la nariz como si estuviese padeciendo migraña.

—¿Por qué no contaste esto antes? —se armó de paciencia—. Daehyun no escapó. Él está sufriendo una crisis.

—Lo siento, yo...

No se me ocurrió, pensó. No lo pensó porque no conocía a Moon Daehyun lo suficiente.

—Está bien, no importa —dijo Seojun para intentar aliviarlo—. Empezaremos la búsqueda en el cementerio.

—¿Y si no está ahí? —dijo Minki—. Además, Dae no conoce las calles. Lo más lejos que ha ido por su cuenta es a la tienda de conveniencia. El cementerio está a cinco kilómetros de aquí.

Seojun le echó un vistazo a Sungguk.

—Empezaremos por el cementerio —reiteró Seojun—. Pero si la huida de Daehyun es producto de una crisis, entonces va a querer regresar a su casa.

—¿Su casa? —preguntó Sungguk.

—La casa de Moon Sunhee —se corrigió.

La salida fue un escándalo entre Sungguk y Seojun colocándose los zapatos, Suni sujetando a Roko para que no les siguiese, los ladridos del resto de la manada y Minki gritando que iría a buscar a Dae por los alrededores.

Los cementerios en Seúl, en su mayoría, eran grandes mausoleos con tumbas pequeñas y cuadradas donde se instalaba la urna, acompañada de una fotografía del difunto. No obstante, en ese lado de Daegu, más rural que urbano, el único cementerio del sector se ubicaba en las faldas de una colina. Las tumbas se

alineaban sobre la pendiente, las de mayor valor en la parte más alta, donde había una hermosa vista del valle.

La familia Moon se localizaba en la parte más baja del recinto. Una lápida oscura y descuidada marcaba los nombres de los tres cuerpos que descansaban ahí: los abuelos y el padre de Moon Daehyun.

Pero no había ningún rastro de Dae en el lugar.

En psicología se entiende como «dependencia emocional» al vínculo obsesivo que desarrolla un individuo por otra persona. Es un patrón psicológico que incluye una serie de comportamientos adictivos, como la preocupación no realista e insana de ser abandonado. Es, por tanto, una patología de vinculación que se basa en la carencia afectiva, la cual podría intensificarse al recibir una educación sobreprotectora inculcada por el temor.

Tal como Daehyun, pensó Sungguk mientras sus ojos rastreaban la vivienda de dos pisos ya deteriorada por el tiempo. Estaba prácticamente igual que hace unos meses, la única diferencia era el cordón policial amarillo que aún permanecía pegado en la puerta.

—¿Crees que esté aquí? —cuestionó Sungguk.

—La dependencia emocional no siempre se da hacia las personas —respondió Seojun.

Cuando ambos dirigieron otra vez la mirada hacia la casa, supieron que Daehyun no estaba ahí. Un enorme candado mantenía la puerta cerrada y ninguna de las ventanas estaba rota. De todas formas, se acercaron a inspeccionar. Bastó con observar el polvo acumulado en las ventanas y el suelo para cerciorarse de que nadie se había acercado a la vivienda en largo tiempo.

—Si escapó de casa por una crisis emocional, ¿por qué no está aquí? —increpó Sungguk a su cuñado—. Dijiste que Daehyun vendría.

—¡Sé lo que dije, Sungguk! —contestó Seojun perdiendo un poco la paciencia—. Este era el lugar más probable.

—Pero no está.

Seojun se quedó en silencio, Sungguk casi podía escuchar cómo funcionaba su cabeza de lo mucho que intentaba recordar

sus conversaciones con Dae, buscando algo que les pudiese indicar su paradero.

—Dijiste que Dae intentaría ir a un lugar con el que tenga un vínculo —recordó Sungguk.

—¿Se te ocurre algo?

—El parque donde me conoció.

Antes de partir, Seojun llamó a Eunjin para que enviase una patrulla a vigilar la casa. Un minuto más tarde, las luces de la camioneta alumbraban el pequeño parque. Era un terreno limpio con solo un tobogán y una pirámide de cuerdas. Ya no estaban los columpios de metal roto, ni la rueda donde Sungguk jugó durante horas.

No quedaba nada.

De la misma manera que Daehyun.

—No está —susurró Seojun como si aquello no fuese obvio.

Se quedaron sin saber qué más hacer, adónde ir, dónde buscar. Restregándose la cara con desesperación, Sungguk habló:

—¿Por qué está ocurriendo esto? Se supone que estaba bien, estaba bien, Seojun. Lo estaba, ¿verdad?

—Sungguk, ¿tú crees que una persona como Daehyun alguna vez estará realmente «bien»?

Aquello deprimió todavía más a Sungguk. A ninguno de los dos se les ocurría otro posible paradero, así que Sungguk encendió la camioneta y dio vueltas por los alrededores gritando el nombre de Dae. Entretanto, recibieron una llamada de Minki.

—No está ni en Urgencias ni... ya sabes. Ni vivo ni... eso.

Anduvieron otro par de cuerdas, pero nada.

Daehyun no estaba por ninguna parte.

El ataque de pánico comenzaba a cerrarle la garganta a Sungguk. Con voz ahogada y tirándose el cuello de la camisa, estacionó una vez más. Buscó el número de la única persona a la que siempre recurría cuando sentía que el mundo se derrumbaba: su padre, la misma persona que se sentaba afuera del ropero por horas cuando de pequeño Sungguk se encerraba allí dentro y llo-

raba por su madre. Por eso, cuando lo llamó y escuchó su voz, Sungguk pudo cerrar los ojos por un instante y respirar profundo.

—Daehyun desapareció —contó.

No hubo retos ni cuestionamientos, solo un simple:

—¿Y cómo sucedió?

Sungguk se sintió como un niño pequeño.

—¿Sabes algo? —logró modular.

—Hijo, ¿cómo podría saber algo?

—Porque tú me mentiste —lo acusó con un hilo de voz.

—¿Mentir?

—Me dijiste que Minho no era hijo de Lara, pero mentiste, me mentiste. El examen dice que Daehyun comparte ADN con Lara.

—Lara no es la madre biológica de Minho —repitió su padre. Cuando iba a recriminarle su mentira, él continuó—. Es imposible que lo sea, genéticamente es casi imposible que Moon Sunhee pudiese tener un hijo m-preg cuando ni ella ni su marido tienen historial familiar.

—El examen...

—Escuché lo que me dijiste —lo cortó su padre—. Pero dime, hijo, ¿qué gano yo mintiendo sobre eso? Nada. Puedes llamar a tu hermana si tienes dudas sobre eso.

Sungguk no fue capaz de debatir porque no tenía cabeza para pensar qué podía ganar su papá con aquella mentira. Debía tener una expresión miserable al cortar, porque Seojun apoyó la mano en su hombro para consolarlo.

—Ya lo encontraremos, Sungguk, tranquilo.

—¿Y si no?

—Personas dañadas como Daehyun siempre regresan a los lugares donde fueron dañadas.

—¿Y si no?

Como si el destino estuviese esperando esa conversación, el celular de Seojun vibró. Puso el altavoz tras dirigirle una mirada a Sungguk.

—Encontramos al chico —informó una voz grave y desconocida—. Ingresó a la casa que vigilábamos.

Sungguk encendió la camioneta y apretó el acelerador. Se subió a la vereda con las ruedas delanteras y viró con brusquedad. Uno de los vidrios laterales estuvo a centímetros de romperse al rozar las ramas de un árbol.

—No debe ingresar ninguno de ustedes —pidió Seojun—. Solo vigilen la casa, voy para allá.

—Está solo. Podemos ingresar y...

—Soy el psicólogo a cargo del caso y él es mi paciente. Nadie debe acercarse a menos que yo lo autorice, ¿me oyeron?

Al virar en la esquina, vieron aparecer la casa donde Daehyun pasó su vida encerrado. Sungguk notó que había dos automóviles estacionados en la calle, dos personas en cada uno.

—¿Cómo llegó hasta aquí solo? No conoce las calles y se marchó sin celular.

—No lo sé, Sungguk, por ahora enfoquémonos en ir por Dae.

Finalmente logró estacionar, aunque no del todo bien, como todo un principiante. Ambos se bajaron. Sungguk notó que una de las ventanas de la casa estaba rota.

—Sungguk, ingresaré yo.

—Tal vez Dae me necesita —debió con la mirada clavada en la ventana redonda del entretecho. ¿Se encontraría Dae ahí? ¿Estaría observándolos desde la planta alta? ¿Estaría ahora mirándolo discutir con Seojun?

Una puerta de un coche se cerró a sus espaldas.

—Ahora mismo, no creo que Daehyun esté psicológicamente estable —recordó su cuñado—. En este momento, tal vez solo yo pueda ayudarlo.

Sungguk dejó que sus brazos cayesen a los costados de su cuerpo. Cedió con docilidad porque, en el fondo de su desesperada mente, sabía que Seojun era la mejor opción para ayudar

a Dae. Sungguk se sacó la linterna del cinturón y se la tendió a Seojun.

—Llámame si necesitas ayuda.

Su cuñado iba pisando los escalones del pórtico cuando una voz femenina los interrumpió.

—Buenas noches, caballeros.

Era la representante del gobierno. La misma mujer odiosa que le informó de la exorbitante suma de dinero depositada en su cuenta bancaria, Kim Jiwoo. Apenas la conocía y ya la detestaba. Odiaba a todo ese grupo gubernamental que vigilaba a los m-preg. No quería que se le acercaran a Daehyun, los quería lejos, lo más lejos posible de él.

—Creo que se les perdió algo —dijo Jiwoo acomodando las manos tras su espalda menuda.

—¿A nosotros? —dijo Sungguk—. A nosotros no se nos ha perdido nada.

—Le recuerdo, oficial, que Moon Daehyun está desaparecido.

Sungguk le echó un vistazo a Seojun para que siguiese avanzando, pero la mujer negó con la cabeza y se acercó a su cuñado con la mano estirada.

—Hola, un gusto, soy Kim Jiwoo —se presentó—. Usted debe ser el psicólogo a cargo de Moon Daehyun.

¿Había algo que esa mujer desconociera?

—Un gusto, Kim Jiwoo —saludó Seojun con cordialidad—. ¿Podríamos continuar con esta conversación más adelante? Ahora necesito ir a...

—A buscar a Moon Daehyun —finalizó ella—. Lo sé, lo vi ingresar a casa hace unos minutos.

—¿Y no lo detuvo? —cuestionó Sungguk.

—¿Habría sido correcto detener a un paciente psicológicamente inestable? —preguntó Jiwoo—. No lo creo. Moon Daehyun necesita ser contenido, no asustado.

Seojun alcanzó a llegar a la puerta antes de que la mujer volviese a interrumpirlo. ¿Ahora qué?

—Moon Daehyun necesita ser contenido por alguien que tenga su confianza. Y usted, doctor Seojun, no lo es.

—Es mi paciente.

—Es su psicólogo, sí —puntualizó ella, asintiendo—. Pero yo estoy a cargo de esta misión, y usted no ingresará.

No van a intervenir mucho, pero sí lo suficiente, Sungguk recordó las palabras de su amigo Namsoo.

—Si no puede ingresar Seojun, que es su psicólogo y quien más lo conoce, ¿quién más lo hará? ¿Alguno de ustedes? —interrogó Sungguk—. ¿O esperaremos a que salga solo mientras ordenamos ramen al restaurante más cercano?

—Irá usted, oficial —dijo Jiwoo.

—Yo no soy su psicólogo —respondió sin entender.

—Pero sí su pareja, ¿o me equivoco? —preguntó con inocencia.

Jaque mate.

¿Cómo lo había averiguado tan pronto? Le lanzó una mirada interrogante a Seojun: *¿fuiste tú?* No obstante, su cuñado tenía la misma expresión de desconcierto.

—Moon Daehyun tiene mayor aprecio por usted, oficial, que por su psicólogo —la mujer movió su cabellera larga detrás de su hombro. Un gesto tan casual como despectivo—. Tal vez si Kim Seojun hubiese aplicado un mejor tratamiento en Daehyun esto no estaría ocurriendo. Así que, por ahora, Kim Seojun queda fuera del caso.

Sungguk iba a decir algo cuando notó que Seojun negaba con la cabeza, luego se alejó de la puerta y bajó los peldaños. Al llegar a su lado, le regresó la linterna.

—Ten encendida tu radio, por favor —pidió.

—Pero...

—En otro momento —pidió Seojun. Sacó el teléfono morado de Daehyun de su bolsillo y se lo tendió—. Su dueño debe extrañarlo.

Tras guardarlo en su pantalón, Sungguk fue en dirección a la casa.

—Te llamaré de no poder manejar la situación —avisó al llegar a la ventana rota. Notó que había restos de sangre en el cristal, Daehyun debió cortarse al colarse por los bordes irregulares. Con la base de la linterna terminó de romper los restos que se aferraban al marco, de igual forma su pantalón se enganchó con el borde y se rasgó detrás del muslo. Una vez adentro, analizó la sala. Sus zapatos molieron el vidrio roto que cayó al interior.

—¿Daehyun? —llamó.

Agudizó el oído para intentar captar algún ruido. Solo podía escuchar su propia respiración y el cristal crujiendo bajo sus zapatos. Echó un vistazo rápido a la cocina: nada había cambiado, a excepción de las cintas marcando en el suelo dónde había estado el cuerpo de Moon Sunhee. Entonces, se dirigió hacia la escalera y subió los peldaños de dos en dos. En el segundo piso, pasó primero por el cuarto adornado infantilmente: era la habitación de Daehyun.

—¿Dae? —volvió a llamarlo.

Un crujido resonó sobre su cabeza.

Alzó la mirada hacia el cielo raso.

Una tabla crujió.

—¿Daehyun?

En el pasillo, agarró el mismo fierro con punta de gancho que utilizó la primera vez que estuvo en casa de Lara y tiró de la puerta trampa. La escalera se extendió frente a él. Lanzó el palo al suelo con un sonido metálico al rebotar. Subió. Su vista recorrió el colchón vacío donde encontró a Daehyun por primera vez. En ese momento, un reflejo captó su atención.

Sentado en un banquillo pequeño, frente a un sucio y viejo espejo, estaba Moon Daehyun.